

tende expresar que los conflictos no son síntoma de colapso de la democracia, sino todo lo contrario, son signos de salud y regeneración.

En definitiva, podemos resumir la obra como una llamada de atención a la propia ciudadanía para que ésta abandone su carácter pasivo y jerarquizado. Siendo conscientes del carácter destructivo del neoliberalismo, tanto a nivel político como económico, Balibar nos ins-

ta a percatarnos de que el poder transformador e insurgente de la ciudadanía no ha sido agotado. Sólo una ciudadanía activa será capaz de poner límites al poder desenfrenado del mercado.

Marina García-Granero Gascó
Universitat de València - CSIC

ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0002-8067-937X>

NOTAS

¹ Brown, W., "Neo-Liberalism and the End of Liberal Democracy", *Theory and Event* 7, 2003, 1-29.

² Romero Cuevas, J. M., "Entre hermenéutica y teoría de sistemas. Una discusión epistemológico-política con la teoría social de J. Habermas", *Isegoría* 44, 2011, 139-159.

³ Marcuse, H., *One-Dimensional Man: Studies in the ideology of Advanced Industrial Societies*, Abacus, London, 1964.

⁴ Castel, R. *From Manual Workers to Wage Laborers: Transformation of the Social Question*, Transaction Publishers, New Brunswick, 2003.

⁵ Mate, R. "Hannah Arendt y los derechos humanos", *ARBOR. Ciencia, Pensamiento y Cultura* 742, 2010, 241-243.

EL ACERCAMIENTO DE LA ÉTICA A LA POLÍTICA EN LA ERA DE LAS MOVILIZACIONES DE LA SOCIEDAD CIVIL

TORMEY, SIMON, *The End of Representative Politics* Cambridge, Polity Press, 2015, 168 pp.

«La política está en todas partes y cualquiera puede estar involucrado, actuar, ser escuchado y participar. La política se está convirtiendo en una extensión de la ética: 'Sé el cambio que deseas ver'; '¡Levántate!'; 'Yo soy parte del 1% y tengo voz!'; '¡Cinco cosas que puedes hacer ahora!' (...). Está en nuestras manos lograr el cambio (p. 81)».

La idea de que la ética y la política se acercan en la actualidad en una serie de ten-

dencias y prácticas es una de las ideas clave que se extraen del último libro publicado por Simon Tormey, destacado teórico político de la Universidad de Sídney, que recibe el título *The End of Representative Politics*. Tormey, autor de *Agnes Heller: Socialism, Autonomy and the Postmodern* (2001), *Anti-Capitalism* (2004 y 2013) y *Key Thinkers from Critical Theory to Post-Marxism* (2006), centra su nueva obra en examinar las transformaciones que afectan al sistema democrático. Junto a las obras *Post-Democracy* (Colin Crouch, 2004), *Why we Hate Politics* (Colin Hay, 2007), *The Life and Death of Democracy* (John Keane, 2009), *Defending Politics*

(Matthew Flinders, 2012) o *Can Democracy be Saved?* (Donatella della Porta, 2013), el libro de Tormey representa un escrito novedoso a la hora de (re)pensar la democracia.

La obra reflexiona sobre las consecuencias y el significado que acompañan al cuestionamiento contemporáneo del centro neurálgico del sistema político: la estructura (y el sentido) de la representación política. Un cuestionamiento que considera en plena fase de expansión debido a la creciente demanda por consolidar una mayor participación de capas significativas de la sociedad civil. Frente a los trabajos centrados en la crisis del sistema representativo (Crouch, 2004; Della Porta, 2013) o aquellos que plantean el incremento de las posibilidades de la representación y los contrapoderes que la consolidan o amplían (Keane, 2009), el autor se centra en interpretar una serie de tendencias y pensar la dirección hacia la que se dirige la política, considerando que el propio principio de «representar y ser representado» es el que la ciudadanía pone en entredicho. En sus propias palabras señala:

«Cada vez más dejamos de necesitar y de desear el hecho de ser representados por políticos. Nos estamos alejando, sin remordimientos, de la representación y de la política representativa a favor de estilos y modos de política que nos comprometen de forma directa e inmediata. Todavía tenemos representantes, muchos de nosotros votaremos, peharemos y discutiremos sobre lo que los políticos hacen o dejan de hacer en nuestro nombre. Pero el aura (de la representación) se ha ido (...). Ya no somos creyentes en la metanarrativa de la representación: que nuestros intereses están mejor

guardados si algunos representan y todos los demás somos representados (p. 82)».

Tormey, quien realiza en su libro un estudio detallado de casos significativos como el movimiento Zapatista, los Foros Sociales Mundiales, *Occupy Wall Street* y el 15M entre otros, considera que el sistema democrático vive un proceso de transformación, que no de crisis. La crisis afecta de forma particular y concreta a las estructuras representativas de las que nos sentimos progresivamente desapegados. Sin embargo, la política se ve revigorizada. De este modo, el sentido y la comprensión de la política trasciende a las elecciones; ya que se acrecienta en la sociedad la idea de que la política también consiste en «organizarse como ciudadanos activos, movilizarse, y contestar al poder tanto desde fuera como desde dentro del marco electoral (p. 25)».

El autor matiza en varios puntos de su libro que su análisis describe tendencias y no enmarca un cambio de paradigma cerrado y conclusivo. Cree, por ello, que el prefijo *pos-* «sirve como un marcador útil, es decir, no indica tanto la redundancia del objeto en cuestión, sino su cuestionamiento» (p. 9). Más adelante señala que el concepto *pos-representativo* enmarca un «momento en el que se desvanece un ‘paradigma’ o una narrativa, pero donde el contorno de algo que podría reemplazarlo sigue siendo incierto y difícil de distinguir. No podemos vivir con ella (la representación); Pero tampoco podemos vivir sin ella - por el momento» (p. 140). Es por ese motivo que el libro desgrana a lo largo de sus seis capítulos las características de las nuevas tendencias e interacciones políticas que se consolidan progresivamente.

El marco general que permite introducir estas tendencias es la diferenciación entre las formas de hacer política «verticales y horizontales». Sobre ello el autor señala que «la política representativa promulga lo que se conoce como formas verticales de hacer política» (p. 9). Es decir, alguien desde el vértice del sistema representa a aquellos de la base; habla, actúa y gobierna en su nombre. Así pues, la lógica vertical está imbuida por la idea de construir partidos y «tomar» el poder político. Este posicionamiento apuesta por desarrollar programas, que definan los objetivos del partido y que permiten aspirar a ganar partidarios con la finalidad de lograr apoyo social suficiente para transformar la realidad desde las estructuras de poder.

Por otro lado, las lógicas de carácter horizontal se definen por generar espacios alternativos en los cuales poder interactuar en beneficio mutuo. Estos espacios son los que Tormey considera que están adquiriendo una especial significancia. Más concretamente, apunta que:

«los estilos emergentes de hacer política son a menudo ‘horizontales’, es decir, a menudo no tienen liderazgo, son iniciativas que surgen desde abajo y son iniciativas que de forma consciente buscan evitar estructuras burocráticas permanentes, oficinas así como todo el resto de la parafernalia que acompaña a los estilos de representación política» (p. 9).

Los que defienden las lógicas horizontales tratan de socavar la hegemonía de las fuerzas políticas existentes, apostando

por estimular relaciones sociales, económicas y políticas alternativas. Es decir, los seguidores de esta lógica promueven un activismo rizomático, donde las redes pueden unirse, desarrollarse y multiplicarse.

Sobre este esquema básico Tormey expone a lo largo de su obra la consolidación de una creciente desafección respecto a la forma vertical de hacer política y una apuesta por la forma opuesta. El descenso progresivo de afiliados a partidos políticos tradicionales o el generalizado descenso de participación en citas electorales, no solo refleja un descontento con la actuación de los representantes sino que va más allá. Sobre este punto señala que:

«El rechazo de los políticos va claramente más allá de un sentimiento de desesperación sobre los gestos y las actuaciones de la clase política y alcanza la propia concepción central de la representación, basada en que algunos deben ser elevados a una posición de poder mientras todos los demás se colocan en la posición de espectadores pasivos: los representados. La representación implica una política en la que algunos actúan, participan y dirigen, y los demás siguen» (p. 62).

Tormey aprecia un sentido de impotencia ante el esquema representativo y un sentimiento creciente que percibe que la «figura del político ha venido a representar una pérdida de poder actuar y hablar por uno mismo» (p. 63). Es este hecho el que empuja a una mayor resistencia a que «otros hablen en nuestro nombre. Y eso es precisamente lo que hacen los políticos para ganarse la vida» (p. 63).

El autor cree que en el momento presente se expande no solo el anhelo hacia una mayor capacidad de acción directa por parte de la ciudadanía, sino también la posibilidad de llevarlo a la práctica. Una posibilidad consolidada entre otros aspectos por las potencialidades de las nuevas herramientas de comunicación digital que alteran nuestra forma de interactuar en la vida cotidiana, a la vez que permiten organizar novedosos repertorios, estructuras y proyectos políticos. En general dichas herramientas favorecen la consolidación de todo un nuevo tipo de iniciativas marcadas por el dinamismo, la horizontalidad, la rapidez, y que surgen en contextos de participación activa marcados tanto por la evanescencia como por la pluralidad de grupos que se coordinan para hacer frente a injusticias específicas.

Además, en *The End of Representative Politics* el autor describe la consolidación de tres grandes tendencias que se entrelazan y que permiten entender el auge de nuevos tipos de prácticas políticas. Concretamente sus estudios respecto a las nuevas formas de acción política le hacen apreciar:

- a. El paso de una política inspirada en las ideologías a una política de contestación.
- b. El paso de una forma mediada de acción política hacia formas inmediatas de acción.
- c. El paso de formas jerárquicas de organización hacia formas más horizontales y espontáneas tales como alianzas, coaliciones, grupo de afinidad y, en general, formas de auto-organización dispersas (pp. 92-93).

A juicio de Tormey, se trata de tendencias que empujan a la consolidación de toda una nueva ecología de proyectos plurales y diversos, cuyo objetivo es provocar un efecto político inmediato así como reforzar la voz y el voto político de la ciudadanía, más allá de la votación esporádica en las urnas. Nos movemos, por tanto, de una «política rotacional lenta a una ecología evanescente que lanza nuevos partidos, organizaciones y figuras políticas con creciente rapidez y consecuencias» (p. 137). La ciudadanía busca por su cuenta «estar implicada, participar, convertirse en actores por derecho propio, en lugar de depender de organizaciones que aparentemente defienden el interés público o los intereses y necesidades concretas en su nombre. La ciudadanía se está organizando. Crea micro-iniciativas, micro-partidos, micro-política, dedicada a presionar a los políticos y a desafiar sus políticas» (p. 138).

Frente a las formas clásicas de organización de la sociedad civil Tormey considera que uno de los cambios elementales es el paso de una acción colectiva basada en fuertes identidades e ideología a una «acción colectiva individualizada», concepto acuñado por Micheletti (2003). Es decir, formas de acción colectiva donde personas lanzan iniciativas de forma individualizada, pero que pueden contar con la colaboración esporádica de otras personas de cara a actuar conjuntamente por una causa común. El autor aborda las consecuencias de esta «individualización política» de la ciudadanía y urge a diferenciar entre individualización e individualismo.

En este sentido, cree que si bien hay riesgos en torno a la individualización, ésta también puede representar la base para la

acción colectiva y para la consolidación de formas de acción que reconozcan la responsabilidad individual en múltiples esferas, tanto sociales como políticas y económicas. Es en este punto donde el autor cree que partes activas de la sociedad civil empiezan a comprender la política como una extensión de la ética. La política se consolida en contextos movilizados como el 15M así como en entornos donde capas significativas de la sociedad que entienden la política como una práctica diaria. Una práctica en la que la ciudadanía adquiere conciencia de su capacidad de acción así como de su deseo por influir en aquello que le afecta de forma inmediata.

El libro de Tormey nos ofrece una lectura diferente del momento que atraviesa la política en el momento contemporáneo. Ahonda en la desafección de las estructuras representativas acudiendo a lo que considera el centro de la cuestión: el deseo de trascender la participación más allá del significado electoralista. Examina para ello tendencias que acompañan a este anhelo de participación ciudadana. Los contextos altamente movilizados permiten ser interpretados con el lenguaje y el marco teórico que nos ofrece Tormey. El propio contexto activista español, que el autor ha analizado al detalle en el libro y en otros trabajos, es fácilmente comprensible e interpretable con el lenguaje que este autor nos ofrece. Quizás menos clara es la di-

rección hacia la que estas tendencias nos dirigen y que despiertan tantas esperanzas como incógnitas: ¿Cómo se canalizará y consolidará este anhelo de participación en prácticas políticas concretas en las sociedades complejas? El propio autor nos indica que su marco teórico se entiende como un estadio intermedio: «en la actualidad vivimos entre dos mundos, dos visiones, dos conceptos. Una visión parece agotada, pero difícil de desalojar. Otras visiones y prácticas giran en una vorágine de experimentación, de iniciativas, contestaciones y resistencias». Por este motivo el autor concluye que «vivimos en una especie de hiato: un mundo entre mundos, infeliz en el presente, pero incierto acerca de lo que un futuro pueda implicar» (p. 144).

En definitiva, podemos señalar que *The End of Representative Politics* constituye un libro interesante y provocador que estimula al lector a pensar sobre la dirección así como las prácticas políticas específicas que pueden consolidarse en una era que atisba el final de la representación. El definir qué horizonte democrático más concreto abre esta tendencia es el reto que queda sin resolver en la obra.

Ramón A. Feenstra

Universitat Jaume I de Castellón

ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0002-4775-8762>